

La tragedia de Guinea



Si Guinea Ecuatorial tuvo que sufrir durante cerca de dos siglos el colonialismo español, tampoco la independencia dio a su pueblo la libertad. De vivir el imperialismo extranjero, ha pasado a soportar un régimen dictatorial que le mantiene en la opresión y la ignorancia.

SI el pueblo guineano sufrió desde los comienzos de la adquisición de sus territorios por España (Tratado de El Pardo, de 23-III-1778) el imperialismo y colonialismo de ésta por espacio de siglo y medio, la situación no varió excesivamente durante el régimen franquista que —bajo una capa de paternalismo y desarrollismo económico— ocultaba una actuación típicamente neocolonialista a todos los niveles (social, económico, político y cultural). La política del franquismo, en sus comienzos, estaba muy en la línea de uno de los ideales nacionalistas: por el Imperio hacia Dios. Así, por Decreto de 30-IX-1944, se prohibían los matrimonios mixtos, aunque los blancos podían tener a las negras como concubinas. Por otra parte, la tutela ejercida fue claramente opresora y paternalista, ya que para conseguir la Carta de Emancipación

Plena (equiparación al blanco en casi todo) había de reunirse una serie de requisitos nada fáciles en los tiempos que corrían.

Aspecto siempre importante en cualquier sistema político es el educativo. En Guinea, como en la metrópoli, se trataba de reproducir también la ideología de la clase dominante, amén de darse las particulares condiciones de asimilación cultural («a punta de pistola», como dice el autor) que impuso el Régimen. No nos resistimos a contar al lector algunos pormenores de cómo se daba una clase en Guinea:

—¿Somos españoles?, preguntaba el maestro.

—Somos españoles por la gracia de Dios.

—¿Por qué somos españoles?, volvía a insistir.

—Somos españoles, respondían los niños, por haber tenido la dicha de nacer en un país llamado España.

Las clases comenzaban con diversas canciones patrióticas. «Al entrar en la escuela, refiere **Ndongo Bidyogo** (1), había que formar, hacer 5 ó 10 minutos de gimnasia militar, cantar el **Cara al Sol**, brazo en alto, el **Lleno de ferviente ardor** y el **Viva España**. Los sábados se cantaba el **Yo tenía un camarada** y el **¡Salve, Franco!**» El lector habrá podido comprobar fácilmente que había una real y efectiva libertad de enseñanza para todos —¿la que propugnan hoy determinados sectores ideológicos y económicos?—, en la que los padres podían escoger libremente el tipo de escuela que deseaban para sus hijos y en la que, por supuesto, no había monopolio ideológico alguno por parte del Estado...

En el transcurso del tiempo, la política guineana (conviene reseñar que estaba orientada más desde Presidencia del Gobierno que desde Asuntos Exteriores) siguió la pauta que marcaban los acontecimientos internacionales. La creación del MUNGE (Movimiento de Unión Nacional de Guinea Ecuatorial) y la firma por Franco, a finales de 1963, de la **Ley de Bases del Gobierno Autónomo de Guinea Ecuatorial**, significaban la respuesta para poder resistir a las presiones de los organismos internacionales y merecer un mínimo de credibilidad. El sistema, similar al posteriormente empleado con la creación del PUNS en el Sáhara, era sencillo: captar un personaje nacionalista histórico —Bonifacio Ondó Edú— para que formara un movimiento político guineano que hiciese frente a los dos movimientos independentistas existentes: MONALIGE e IPGE. Se trataba, pues, de un movimiento títere, ya que las cuerdas eran movidas desde Presidencia del Gobierno (Carrero Blanco), que trataba de consolidar las aspiraciones continuistas españolas. Muy otra era la postura de Asuntos Exteriores (Castiella), que no veía otra salida al problema que la autodeterminación.

El camino hacia la independencia va desde 1963 a 1968, y en él aparece ya un personaje clave no sólo para los acontecimientos de este período (sufraga, con 50 millones de pesetas, la campaña electoral del actual presidente de Guinea), sino para los posteriores a la independencia. Este personaje es el abogado Antonio García-Trevijano.

Si la impresión que produce la lectura del libro de Ndongo Bidyogo es en principio sobrecogedora, al llegar a los dos últimos capítulos se torna fantasmagórica y aquelárrica: tor-

turas, asesinatos, corrupción, muerte, por parte de un Presidente que —habiendo llegado al poder mediante unas elecciones— se ha convertido en el dictador de Guinea con la tolerancia de las autoridades españolas que, al haber mantenido el tema guineano como «materia reservada» hasta bien recientemente, han impedido salieran a la luz pública las atrocidades y crímenes cometidos en Guinea desde el mandato de Francisco Macías, calculándose en 90.000 el número de víctimas. Por eso estamos con Ndongo Bidyogo cuando dice: «La vergüenza es común: para españoles y guineanos. Esta debería ser una cuestión nacional, haciendo abstracción de credos políticos concretos. Si de hecho toda acción política sana tiende a potenciar al hombre, componente de las masas y de los pueblos, habrá que salvar al pueblo guineano, a las masas guineanas, al hombre guineano». Esperemos que las Cortes Españolas, democráticamente elegidas, tomen conciencia del problema, pidan responsabilidades y busquen soluciones. ■

JUAN MANUEL DE LA TORRE



Francisco Macías, presidente de Guinea Ecuatorial. Pese a haber llegado al poder mediante unas elecciones, pronto se erigió en dictador del territorio, en medio de violencias y atrocidades. Se calcula en 90.000 el número de víctimas producidas por Macías.

(1) **Donato Ndongo Bidyogo: Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial.** Editorial Cambio 16. Madrid, 1977. 306 págs.